



1750

LA
GEOLOGIA
LA MONA

B3313

.Z7

S6

1677g



1020024806



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA GENEALOGIA DE LA MORAL

Num. Clas 170
Núm. Autor N 677 9
Núm. Adg. 372280
Procedencia CR-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 24
Catalogó _____

OBRAS DE FILOSOFIA PUBLICADAS

por la **ESPAÑA MODERNA**, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Santo Domingo, 16, Madrid.

AMIEL.—Diario íntimo, 9 pesetas.

CARO.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

COLLINS.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

EMERSON.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.

FICHTE.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

FOUILLÉE.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

GUYAU.—La moral inglesa contemporánea, 6 Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

HEINE.—Alemania, 6 pesetas.

LUBBOCK.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pesetas.

NIETZSCHE.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 4 pesetas.

SCHOPENHAÜER.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

SPENCER.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).—La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

TAINÉ.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Obras de Taine publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—Los contemporáneos, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Roma (tomo 1.º), 3 pesetas.—Roma (tomo 2.º), 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA

GENEALOGIA DE LA MORAL

FOR

FEDERICO NIETZSCHE

099867

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE MONTECENY, MEXICO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto Domingo, 16.

37228

120
N,
B 3313
Z7
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRÓLOGO

1. Nosotros, los que investigamos el conocimiento, no nos conocemos á nosotros mismos. Es claro; si no nos hemos *buscado* nunca, ¿cómo nos íbamos á *encontrar*? Con razón se ha dicho: «Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón;» y *nuestro* tesoro está hoy en las colmenas del conocimiento. Hacia estas colmenas estamos en continuo viaje, como afanosas abejas que llevan la miel del espíritu y que sólo se proponen «llevar» algo. De otra cosa, de lo que concierne á la vida y á lo que se llama «sucesos de la vida» ¿quién de nosotros se preocupa en serio? ¿quién halla tiempo para preocuparse? ¡Para semejantes asuntos nunca tenemos interés, ni corazón, ni siquiera oídos! Pero así como un hombre divinamente distraído y absorto, al dar el reloj furiosamente las doce, se despierta sobresaltado y exclama: «¿Qué hora es?» así nosotros nos frotamos las orejas después de los sucesos y nos preguntamos, medio admirados, medio confusos: ¿Qué pasa? ¿Qué somos?» Y enseguida contamos las horas de nuestro pasado, de nuestra vida, de nuestro *ser* y ¡ay!, nos engañamos en la cuenta... Y es que somos fatal-

mente extraños á nosotros mismos, no nos comprendemos, tenemos que confundirnos con los demás, estamos eternamente condenados á esta ley; «cada uno es el más extraño á sí mismo»; respecto de nosotros mismos no «buscamos el conocimiento...»

2. Mis ideas acerca del origen de nuestros prejuicios morales—porque tal es el asunto de esta obra de polémica—hallaron su primera expresión, lacónica y provisional, en la colección de aforismos que lleva el título: *Humano, demasiado humano. Un libro para los espíritus libres*. Comencé á escribirlo en Sorrente, durante un invierno en que me fué dado detenerme, como se detiene un viajero, para abrazar de una ojeada todo el país vasto y peligroso que había recorrido mi espíritu. Era el invierno de 1876 á 1877; pero las ideas datan de fecha mucho más antigua. Eran ya sustancialmente las mismas que las expresadas en los presentes libros:—¡de esperar es que tan largo intervalo les haya aprovechado, y que hayan ganado en madurez, en claridad, en solidez y en perfección! El hecho de que todavía las retengo, habiéndose ellas apretado cada vez más hasta entrelazarse y fundirse, confirma en mí la seguridad de que no nacieron aisladamente, al azar, esporádicamente, sino que brotaron de un tronco común, de una fundamental voluntad del conocimiento, que gobierna y dirige las fuerzas más íntimas, y que habla con un lenguaje cada vez más neto y exige conceptos cada vez más precisos. Esta es la única manera de pensar digna de un filósofo. No tenemos derecho de vivir aislados. No nos está permitido enga-

ñarnos ni encontrar la verdad casualmente. Antes bien, así como es necesario que un árbol dé frutos, así nosotros fructificamos ideas, apreciaciones; y nuestro «sí» ó «no», nuestras razones y nuestras causas se desarrollan, emparentados y relacionados, como testimonios de una voluntad, de una salud, de una finca, de un sol.—¿Serán de nuestro gusto estos frutos de nuestro jardín?—Más ¿qué importa eso á los sabios? ¿Qué nos importa á nosotros los filósofos?...

3. Por un escrúpulo de la niñez que me atraía con fuerza irresistible (y que no debiera confesar por lo mismo que se refiere á lo que hoy se llama moral)—tan contrario á mi juventud, á mi origen y á mi ambiente, que casi podría llamarlo mi «*a priori*»,—mi curiosidad y mis sospechas hubieron de detenerse ante esta cuestión: «¿Cuál es en definitiva el origen de nuestras ideas del bien y del mal?» A la edad de trece años este problema no se apartaba ya de mi mente, á la edad en que «Dios y los juegos de la infancia comparten el corazón», consagré á esta cuestión mis primeros «pinitos» de caligrafía filosófica. Y claro está que la solución del problema era en honor de Dios, á quien yo atribuía la paternidad del mal. ¿Por ventura exigía mi «*a priori*» una tal conclusión? Este nuevo *a priori*, inmoral ó immoralista, y su expresión el imperativo categórico tan antikantiano, tan enigmático, ¿es á quien he prestado oídos y corazón?... Felizmente, pronto aprendí á distinguir el prejuicio teológico y el prejuicio moral—y ya no busqué el origen del mal más allá del mundo. Alguna educación histórica y filológica y cierto tacto

innato, delicado, para las cuestiones psicológicas, transformaron pronto mi problema en este otro. ¿En qué condiciones inventó el hombre estas dos apreciaciones: el bien y el mal? Y ¿qué valor tienen en sí mismas? ¿Han cohibido ó han favorecido el desarrollo de la humanidad? ¿Son un síntoma funesto de empobrecimiento vital, de degeneración? ¿O bien indican, por el contrario, la plenitud, fuerza y voluntad de vivir, el valor, la confianza en el porvenir de la vida?—Hallé varias respuestas; distinguí tiempos, pueblos y clases; especialicé mi problema—poco á poco las respuestas se fueron transformando en nuevas preguntas, investigaciones, conjeturas, probabilidades, hasta que por fin conquisté una región propia, un sol propio, todo un mundo ignorado en plena florecencia y crecimiento, semejante á un secreto jardín, cuya existencia nadie sospechaba... ¡Ah, cuán felices somos los que buscamos el conocimiento, con tal que sepamos callarnos bastante tiempo!...

4. La ocasión de mi primer impulso para publicar algunas de mis hipótesis acerca del origen de la moral, fué la lectura de un librito claro, limpio, sagaz, con sagacidad de viejo; de un libro que, por vez primera, me presentó netamente un género, inglés puro, de hipótesis genealógicas «invertidas». Este libro me atrajo con aquella fuerza que posee todo lo que nos es opuesto, todo lo que nos es antípoda. Intitulábase *Origen de los sentimientos morales*; su autor es el Dr. Paul Ree, y apareció en 1877. Quizá nunca he leído cosa que despertase mi contradicción con tanta energía, frase

por frase, tesis por tesis; y era sin amargura, sin impaciencia. En la obra ya mencionada, y que entonces estaba preparando, aludo, con ocasión y sin ella, á las tesis de este libro, no para refutarlas—porque, ¿qué tengo yo que ver con las refutaciones?—sino cual conviene á un espíritu positivo, para sustituir lo verosímil á lo inverosímil, y quizá un error á otro error. Entonces fué cuando ví en clara luz estas hipótesis acerca de los orígenes, y francamente, sin tener todavía la libertad ni el lenguaje propios de esta especialidad, antes bien, titubeando y cayendo muchas veces. Véase, por ejemplo, en mi *Humano, demasiado humano* el aforismo 45, acerca del doble origen del bien y del mal; el aforismo 136 y siguientes, acerca del valor y origen de la moral ascética; los aforismos 96 y 99 y el 89 del tomo II, acerca de la moralidad de las costumbres (género de moral mucho más antiguo y más primitivo que la apreciación altruista del Dr. Ree), finalmente, el aforismo 92. Véase también el aforismo 26 de *El viajero y su sombra*, y el aforismo 112 de *Aurora*, donde explico mi teoría acerca de la justicia considerada como equilibrio de poderes iguales; y también los aforismos 22, 33 de *El viajero y su sombra*, acerca del castigo, cuyo carácter esencial y primordial no fué la intención de inspirar terror, como cree el Dr. Ree (fin posterior, accesorio y adicional).

5. En el fondo, lo que yo me proponía, era algo más importante que un mundo de hipótesis, propias ó extrañas, acerca de la moral (ó más exactamente, este era uno de mis caminos múltiples). De lo que yo tra

taba era del valor de la moral—y acerca de este punto, yo no tenía que explicarme sino para con mi ilustre maestro Schopenhauer, á quien se dirigía este libro con toda su pasión y su secreta oposición (porque *Humano, demasiado humano*, era también un tratado polémico). Se trataba particularmente del valor del altruismo, de los instintos de compasión, de renuncia, de abnegación, que Schopenhauer había hermo­seado, divinizado y elevado á regiones sobrenaturales, tanto, que por fin, llegó á tenerlos como valores sustanciales, en los cuales fundó su negación de la vida y de sí mismo. Mas precisamente contra estos instintos surgía en mí una desconfianza cada vez más fundamental, un escepticismo cada vez más profundo. En ellos veía yo precisamente el gran escollo de la humanidad, la tentación, la seducción suprema que la conduciría... ¿á dónde...? ¿á la nada?—En ellos veía el principio del fin, el alto en la marcha, el cansancio que mira atrás, la voluntad que se rebela contra la vida, la última enfermedad anunciada por síntomas de ternura y de melancolía: ¡comprendía que esta moral de compasión, la cual, aun á los filósofos infectaba, era el síntoma más peligroso de nuestra civilización europea, el síntoma de su regreso al budhismo, hacia un budhismo europeo, hacia el *nhilismo*...! Entre los filósofos, esta exageración de la piedad es, en efecto, cosa nueva; hasta el día de hoy estuvieron de acuerdo los filósofos en el valor *negativo* de la piedad. Basta nombrar á Platón, Spinoza, La Rochefoncault y Kant, estos cuatro espíritus tan diferentes, pero conformes en un punto: en el desprecio de la piedad.

6. El problema del valor de la compasión y de la moral altruista (soy enemigo de la vergonzosa afeminación y sentimentalismo que hoy priva), parece ser, á primera vista, una cuestión aislada, una interrogación única y aparte; pero quien se detenga un poco, quien sepa interrogar, verá cómo se abre delante de él una perspectiva nueva, inmensa; le sobrecogerá como un vértigo, la visión de toda una posibilidad; se apoderarán de él las sospechas, las desconfianzas, las aprensiones, vacilará su fe en la moral, en toda moral; y por fin levantará su voz una exigencia nueva. Esta *exigencia nueva*, enunciémosla: Necesitamos una *crítica* de los valores morales, y ante todo debe discutirse, el *valor de estos valores*, y por eso es de toda necesidad conocer las condiciones y los medios ambientes en que nacieron, en que se desarrollaron y deformaron (la moral como consecuencia, máscara, hipocresía, enfermedad ó equivocación; y también la moral como causa, remedio, estimulante, freno ó veneno), conocimiento tal, que nunca tuvo semejante ni es posible que lo tenga. Era un verdadero postulado el valor de estos valores: atribuíase al bien un valor superior al valor del mal, al valor del progreso, de la utilidad, del desarrollo humano. Y ¿por qué? ¿No podría ser verdad lo contrario? ¿No podría haber en el hombre «bueno» un síntoma de retroceso, un peligro, una seducción, un veneno, un *narcótico* que diese la vida á lo presente á *expensas del porvenir*? ¿Una vida más agradable, más inofensiva, pero también más mezquina, más baja...? ¿De tal manera que fuese culpa de la moral el no haber llegado el tipo-hombre al más alto grado de poder

y de esplendor? ¿Y de manera que entre todos los peligros fuese la moral, el peligro por excelencia...?

7. Después que se abrió ante mis ojos esta perspectiva, busqué con harta razón colaboradores eruditos, audaces y laboriosos; y todavía los busco. Trátase de resolver una multitud de problemas nuevos; trátase de recorrer, con pies nuevos y ojos nuevos, el inmenso lejano y misterioso país de la moral, de la moral que verdaderamente vivió y fué vivida: ¿no es esto descubrir un continente?... Si he pensado en el Dr. Ree, es porque vi que la naturaleza misma de sus problemas, le llevaba á un método más racional. ¿Acaso me engañé en esto? Ello es que no pretendí sino dar á una vista tan penetrante y tan imparcial, una dirección mejor: la dirección hacia una verdadera historia de la moral; pretendí ponerle en guardia contra un mundo de hipótesis inglesas edificadas en el azul vacío. Es claro, que para el genealogista de la moral hay un color cien veces preferible al azul, quiero decir el color gris, es decir, todo lo que se funda en documentos, todo lo que consta que existió, todo el largo texto geroglífico, laborioso, casi indescifrable del pasado de la moral humana! El Dr. Ree no conocía este gran texto; pero había leído á Darwin: y por eso vemos en sus hipótesis cómo la bestia humana de Darwin tiende gentilmente la mano al humilde afeminado de la moral, creación moderna que ya «no muerde», pero que responde al saludo con aire indolente, bonachón y gracioso, mezclado de pesimismo y de cansancio, como si no valiese la pena tomar tan á pecho este asunto de la moral. A

mi, por el contrario, me parece, que nada hay en el mundo que más merezca ser tomado en serio; y algún día se reconocerá este mérito. En efecto, y para poner un ejemplo; la *gaya ciencia* es la recompensa de un esfuerzo continuo, osado, tenaz, subterráneo, reservado á pocos. Mas cuando podamos gritar: «¡Adelante nuestra vieja moral entra también en el dominio de la comedia!» entonces habremos descubierto para el drama trágico de los *Destinos del alma* una nueva intriga, una nueva posibilidad; y hasta podríamos apostar que ya se aprovechó de esto el grande, el antiguo, el eterno poeta de las comedias de nuestra existencial...

8. Si algunos hallan incomprendible este libro, si su oído es tardo para percibir el sentido, no es mía la falta. Lo que yo digo, es bastante claro, suponiendo que se hayan leído mis obras anteriores, sin perdonar fatiga. Porque, en efecto, solas, no son fáciles. Mi *Zaratus-tra* no puede ser comprendido sino por aquel lector á quien haya herido y entusiasmado cada una de sus palabras: sólo entonces gozará el privilegio alcyóneo, de donde nació esta obra, y sentirá veneración por su resplandeciente caridad, por su amplitud, sus perspectivas lejanas y su certidumbre. En mis restantes escritos, la forma aforística ofrece cierta dificultad, la cual proviene de que hoy no se toma esta forma en serio. Un aforismo verdad no es «descifrado» á la primera lectura; todavía falta mucho; entonces no hace más que comenzar la interpretación. En la tercera disertación del presente volumen, doy un ejemplo

de «interpretación»; esta disertación es el comentario de un aforismo. Verdad es que para elevar así la lectura á la dignidad de «arte» es menester ante todo, poseer una facultad hoy muy olvidada (por eso ha de pasar mucho tiempo antes que mis escritos sean «legibles») una facultad que exige tener la cualidad de una vaca, y no la de un «hombre moderno»: quiero decir, la facultad de *rumiar*...

Sils-Maria. Oberengadin.

Julio, 1887.

PRIMERA DISERTACION

«Bien y mal», «Bueno y malo.»

1. Estos psicólogos ingleses á quienes debemos las únicas tentativas que hasta hoy fueron hechas para constituir una historia de los orígenes de la moral, nos presentan en sus personas un enigma importante; y confieso que estos enigmas encarnados tienen sobre sus libros la ventaja capital de ser *interesantes*. ¿Qué quieren, en suma, los psicólogos ingleses? Siempre los hallamos en la misma tarea, dedicados á poner en evidencia la *parte vergonzosa* de nuestro mundo interior, y á buscar el principio activo, conductor, decisivo, de la evolución, precisamente allí donde el orgullo intelectual del hombre, esperaba menos hallarle, (por ejemplo en la *vis inertiae* del hábito, ó en la facultad del olvido, ó en un entrelazo y engranaje ciego y fortuito de las ideas, ó, finalmente, en algo puramente pasivo, automático, reflejo, molecular, y fundamentalmente estúpido). ¿Qué es lo que empuja á los psicólogos en esta dirección? ¿Será algún instinto secreto y pérfido de empequeñecer al hombre? ¿Será, por ventura, una suspicacia pesimista, ó la desconfianza del idealista desilusionado y triste, todo hiel y vinagre? ¿Será tal vez cierta hosti-